

Nos hallamos, pues, ante una excelente colección de ensayos sobre el conjunto de la gran producción literaria visigótica y, por ende, sobre su historia y cultura, que cumple con creces el deseo de los editores: ofrecer a la memoria de Díaz y Díaz un conjunto de aportaciones científicas significativas y originales a propósito de los ámbitos en que el homenajeado abrió los caminos que aún hoy seguimos recorriendo.

Álvaro CANCELA CILLERUELO  
Universidad Complutense de Madrid

Luciano CANFORA, *El copista como autor*, Traducción de Rafael Bonilla Cerezo, Salamanca, Editorial Delirio, 2014, 116 pp.

No es propiamente una novedad el libro que ahora se presenta, pues vio la luz el original, *Il copista come autore*, en el año 2002 (Sellerio Editore, Palermo), pero sí lo es su traducción, debida al profesor Rafael Bonilla Cerezo, de la Universidad de Córdoba, que recientemente también ha vertido al castellano, junto con Andrea Baldissera, una obra fundamental para los estudios de crítica textual, a saber, el «clásico» de Paul Maas, *Crítica del texto* (Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2012), en una restringida tirada de 300 ejemplares. *El copista como autor* aparece en «La Bolgia», colección de ensayo y crítica, que mana directamente del Seminario de Discurso, Legitimación y Memoria (SDLM), espacio de reflexión con una trayectoria en la Universidad de Salamanca avalada por más de doscientas intervenciones de grandes pensadores en múltiples disciplinas. Asimismo, y según reconocen en su web, también el Museo-Mausoleo de Morille, el cementerio de arte contemporáneo, es un referente inequívoco de la carga teórico-práctica de esta colección. Pues bien, con estos mimbres iconoclastas de la Editorial Delirio («se ha construido sólidamente en la inconsciencia», aseguran) se forja la publicación de esta traducción del lúcido libro, otro más (y me viene a la cabeza ahora su extraordinario *Ideología de los estudios clásicos*, Madrid, Akal, 1991, por poner un solo ejemplo), de Luciano Canfora, auténtico animador del pensamiento contemporáneo con sus fecundas polémicas, como la más reciente a propósito de la autenticidad del Papiro de Artemidoro, según él fruto de un falsario.

Este volumen nos pone, ya en el Prólogo (pp.11-16), ante una pregunta cuya respuesta, durante siglos, podríamos decir que se ha dado por sentada prácticamente por asentimiento: ¿qué es el «original»? Resulta inevitable recordar ante tamaña cuestión, puestos a hablar de iconoclasia, el pensamiento de Jacques Derrida y su teoría de la deconstrucción, a pesar de no aparecer citado ni una sola vez en el libro. El filósofo francés, nacido en Argelia, se topa con un pensamiento occidental regido por una lógica binaria, dialéctica, varado en una serie de oposiciones tales como esencia y accidentes, palabra y escritura, etc., que no hacen sino traslucir la historia de unas jerarquías. Pues bien, la deconstrucción desmonta esas oposiciones binarias, rompe la evidencia de las fronteras... siembra la duda. Así, por ejemplo, fue una

teoría de fructífero recorrido en el ámbito de la traducción por cuanto trata de impugnar los conceptos de «autoría» –que se relaciona con «autoridad»– y «original», conceptos que vuelven la traducción dependiente y subordinada. No estamos diciendo con esto que intente darle a la traducción la categoría de original, ni convertir al traductor en autor, sino que lo que quiere dar a entender es que el original también es «traducción» o, mejor, que la idea de originalidad no se puede aplicar en realidad a ningún texto. Todo texto remite a otro texto, revela un texto preexistente, de suerte que cada texto es único y, simultáneamente, traducción de otro. Pues bien, el prólogo de Canfora comienza con una afirmación aplastante: «No tenemos originales de los autores griegos y romanos, exceptuando, quizá, algún fragmento sobre papiro de literatos semidesconocidos. Y tampoco el autógrafo de la *Divina Comedia*. Lo que significa que gran parte de nuestro trabajo consiste en tratar de acercarse cuanto sea posible al “original”» (p.11). Un original que aparece connotado por un indiscutible carácter de unicidad, cuando en realidad nos encontramos ante originales inestables o simplemente no únicos. Y como ejemplo de un ámbito en que el autor se difumina, incluso más que el original, acude a la dramaturgia. Más aún, según nos cuenta Diógenes Laercio en sus *Vidas de los Filósofos*, Jenofonte tuvo a su disposición los inéditos libros de Tucídides y habría podido incluso presentarlos como suyos (no son pocos los que piensan que en los primeros libros de las *Helénicas* leemos, básicamente, páginas de Tucídides). El hecho es que, y así finaliza el prólogo, «en el caso de los textos antiguos siempre hay un anillo de más. Hay siempre otro que allí tiene escritos: ¿pero quién fue el copista?» (p.16).

Tras las páginas prologales, el autor dedicará el volumen a intentar dar respuesta a dos preguntas: ¿qué es el original? y ¿quién es el autor? Preguntas seductoramente misteriosas si de lo que hablamos es de estudiar obras escritas y transmitidas desde la Grecia clásica hasta el nacimiento de la imprenta. Y para ello se apoyará en múltiples ejemplos de Aristófanes, Gelio, Livio, Demóstenes o la biblioteca de Focio, entre otros muchos autores antiguos, pero también en textos más cercanos como la *Divina Comedia* de Dante o el *Pierre Menard, autor del Quijote* de Borges. El embellecimiento de las primeras páginas nos impele indefectiblemente a continuar la lectura de este breve, pero intenso, ensayo que se organiza de la siguiente manera: «El copista como autor» (pp.17-25) se ocupa de esta figura como auténtico artífice de los textos que han logrado sobrevivir; «Un modesto sucedáneo: el arquetipo» (pp.27-35) habla del procedimiento reconstructivo-genealógico; «Grandeza y miserias de la tradición «indirecta»» (pp.37-49) nos pone al tanto de la práctica editorial según la cual la tradición indirecta es tratada por lo general como un accesorio del aparato crítico y se pregunta por el delicado problema de la valoración de la calidad de las distintas clases de cita; «El arte de recabar extractos» (pp.51-55) se centra en un campo casi ilimitado de la tradición indirecta: los resúmenes y los extractos; «Historias de textos contadas por los antiguos» (pp.57-62) se centra en el trabajo de Libanio, amigo paterno del emperador Juliano (s.IV d.C.), sobre el texto demosténico; «Rollos y códices» (pp.63-71) incide en la importancia de la transmisión física de las obras; «El libro-biblioteca» (pp.73-85) parte de los dos ejemplos capitales de libro-biblioteca,

por lo menos a partir de Isidoro de Sevilla, a saber, la Biblia y Homero; «La *Biblioteca* de Focio» (pp. 87-91) cuenta con un apartado independiente por cuanto se trata de un caso macroscópico de tradición indirecta, además de ser un insigne ejemplo de libro-biblioteca; y, por último, en «Una idea “a lo Pangloss”» (pp.93-99), aludiendo implícitamente al personaje de la novela de Voltaire *Cándido*, caracterizado por no solo mantener el optimismo ante cualquier tragedia, sino incluso por justificarla, Canfora habla de la historia de las bibliotecas antiguas, entre ellas, cómo no, la de Alejandría, historia que, vista en su conjunto, aparece «como una cadena ininterrumpida de fundaciones, destrucciones, reconstrucciones, catástrofes: como dominada por la atracción mortal entre el libro y el fuego» (p.94). Para ello se apoya en la idea de Gibbon de que las injurias del tiempo y de los hombres han perdonado a las obras de los clásicos, a los cuales por el sufragio de la antigüedad se les ha otorgado el primer puesto. Así, el mismo Edward Gibbon, en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, identifica un principio regulador de la tradición: se han conservado los autores cuyas obras constituyen una «cuenca de colección» de los conocimientos acumulados hasta ese instante, esto es, los que se han definido como libros-biblioteca (p.95). El volumen se cierra con unos útiles índices: «Índice temático» (pp.101-107), «Índice onomástico» (pp.108-111), «Índice de manuscritos» (pp.112-113) e «Índice de lugares» (pp.114-116), que incluye los pasajes citados a lo largo de la obra.

Delicioso ensayo que hará las delicias de todos los interesados en la historia de los textos y su transmisión, pero, ante todo, sugerente estudio que nos pone ante preguntas radicales y frente a la duda sistemática en la búsqueda del supuesto «original» que supone, en palabras del propio autor que cita a su vez las Ficciones de Borges, «un proceso hacia atrás a partir, por adoptar la expresión borgesiana, de un palimpsesto [=el texto entre nosotros] desde el que saldremos en busca de “los rastros –tenues, pero no indescifrables– de la previa anterior”» (p.25).

Antonio LÓPEZ FONSECA  
Universidad Complutense de Madrid

Tomás GONZÁLEZ ROLÁN – Antonio LÓPEZ FONSECA, *Traducción y elementos paratextuales: los prólogos a las versiones castellanas de textos latinos en el siglo XV. Introducción general, edición y estudio*, Madrid, Escolar y Mayo, 2014, 689 pp.

Un grueso volumen de casi 700 páginas es lo que nos proponen los profesores González Rolán y López Fonseca dentro del proyecto de investigación «Estudio sobre la transmisión, conservación y difusión del legado clásico en el Medievo hispánico (ss. XIII-XV) (II) y (III)», en el que ya han visto ya luz otros muchos trabajos sobre el siglo XV en Castilla y a los que se unirán próximamente otros, en concreto sobre la obra de Alfonso de Cartagena y la correspondencia epistolar de Rodrigo Sánchez de Arévalo con los humanistas de la Accademia Romana. Pero antes de